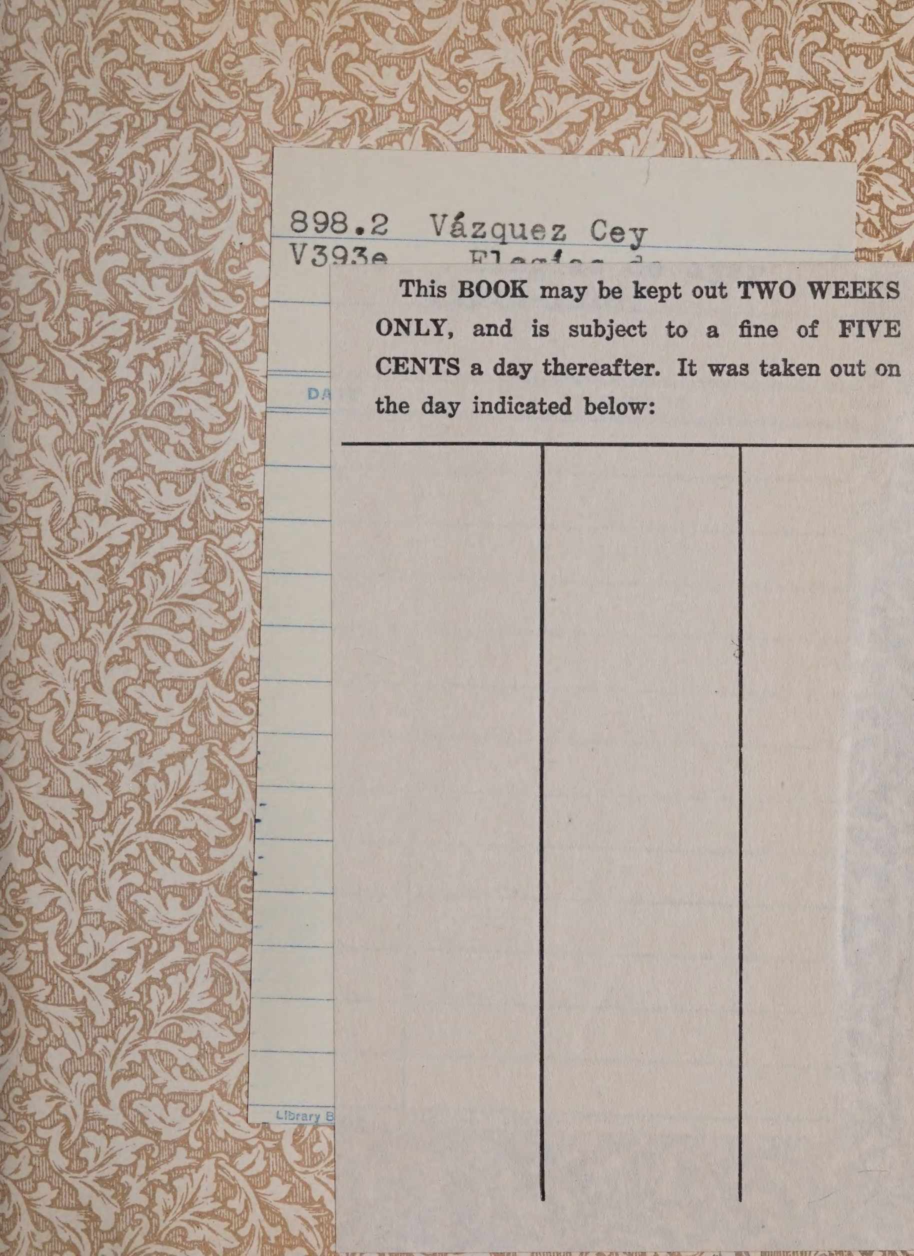
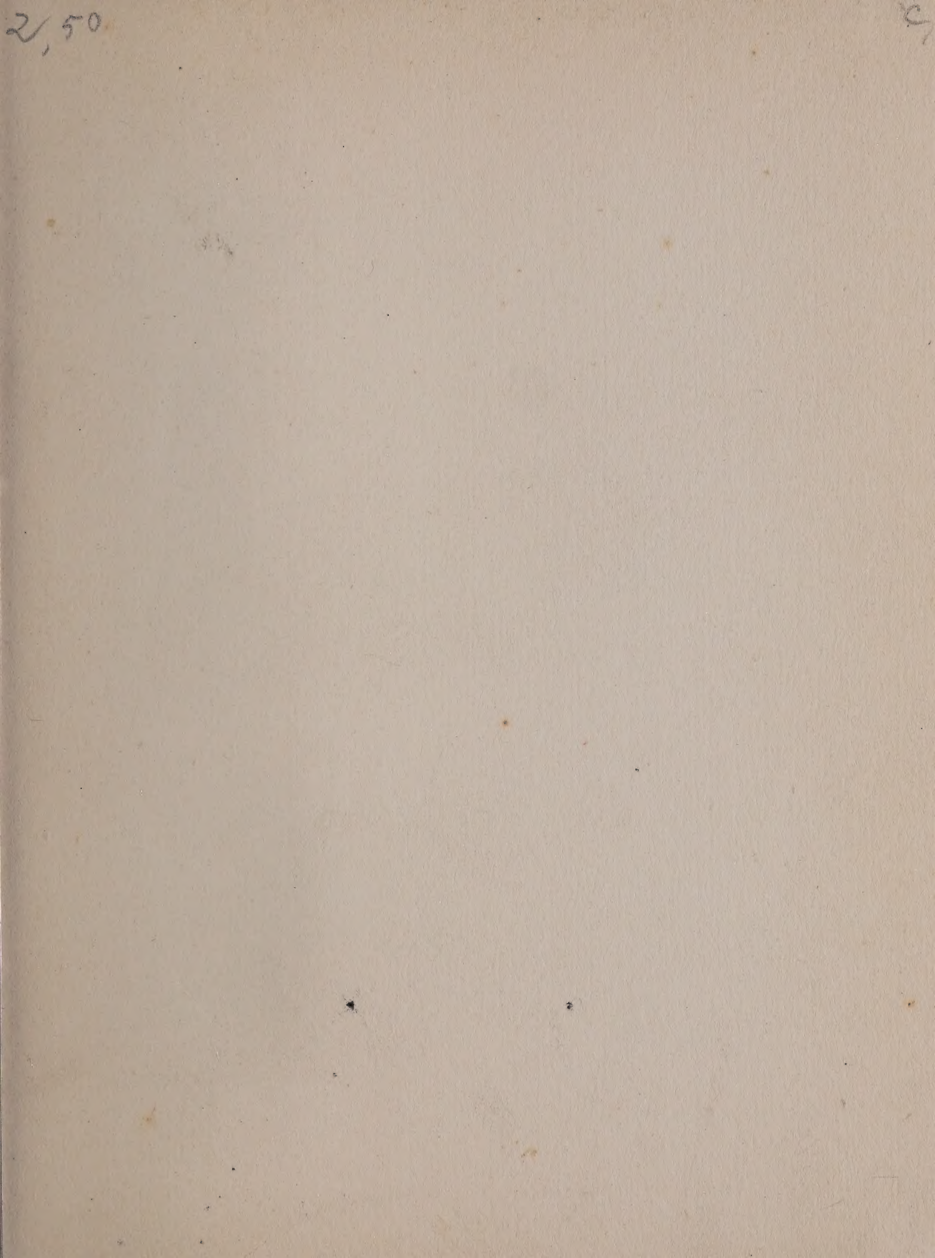
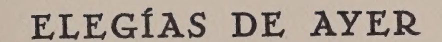


898.2 Vázquez Cey
V393e Elegías d
DA
This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
Library B


2,50



ELEGÍAS DE AYER

ELEGÍAS DE AYER
Primera edición, 1918

ARTURO VÁZQUEZ CEY

***

ELEGÍAS DE AYER

(1915 - 1918)

EDICIÓN DEFINITIVA

Dibujos de JORGE LARCO



AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES

Rivadavia, 1573
BUENOS AIRES

25 de Mayo, 577
MONTEVIDEO

1928

Como las estatuas

Suena lejano, muy lejano, un piano.
El sol, inmenso y rojo, me vigila.
Es la tarde tranquila,
Tarde maravillosa de verano.

El aire huele a cálidos jazmines,
Y hay en todo no sé qué lontananza
De perdida esperanza,
En un sueño de blancos serafines.

Y siento el alma toda de suspiro,
Mientras suena la vana melodía
Y el sol, en lejanía,
Desfallece en sombras de zafiro.

Está lleno de ¡adiós! el firmamento.
Pasan las nubes grandes y serenas;
Sus flancos de azucenas
Orla el vasto crepúsculo sangriento.

¡Amargura! ¡amargura! : funerario,
Me dice el suave encanto vespertino,
Y siento mi destino
Volarme de pavor como un sudario.

¡Oh ser triste y amar todas las cosas
Volvió al mundo mi trágico enemigo,
Y están sólo conmigo,
Las estrellas, las brisas y las rosas!

Y anhelo calma pura vanamente:
Perdido entre los hombres con mi ruego,
Espíritus de fuego
Tornan mi corazón ébano ardiente.

Gira la sideral Naturaleza.
En ella mueren las constelaciones,
Y a las generaciones
Tiende en vano sus himnos la Belleza.

Entre sombra avernal, Nerón eterno,
Rige el instinto trágico a los seres.
Son los amaneceres
Del Bien obscuros como los de invierno.

Serenidad, bajo tu palio de oro,
Querría deshojar mis asfodelos
Nocturnos y a los cielos
Tender mi corazón como un tesoro.

Disperso en vasto polen de armonía,
A los vientos del odio, o en la inmensa
Hostilidad que piensa
De lo creado, en luz florecería.

Sueño en la paz de las estatuas : puras
Se yerguen — así yérguese el Destino —
Pasa el ave y el trino.
Ellas perduran, blancas y futuras.

Ellas perduran, claramente graves,
Bajo los orbes de oro del arcano
Azur, entre el humano
Dolor que pasa cual dispersas naves.

Norma de las serenas venturanzas,
Proferida por Dios en las supremas
Lumbres de los sistemas,
Palpitante en las olas y en las danzas,

Aguardo el vuelo que a tu bien me lleve.
Mi corazón en su gemir disperso
Se abrirá al Universo,
Hermano de la estrella y de la nieve.

Elegía

Agudos cipreses la tarde escarlata
Llenaban de vasto dolor religioso.

El viento azotaba nocivo y huraño.
Un son de campanas, siniestro, moría.

Tras muros verdosos de viejos ladrillos
Ocultos jazmines nevaban perfume.

Mis pasos la hierba lustrosa apagaba.
Un buey me seguía con ojos de oro.

Visiones de infancia, dulzuras pueriles,
Me daban no sé qué ideal primavera.

Sonrisa en el hombre del almo universo
En mí, la de amor, juventud sonreía,

Cual mudas sonríen en vasos de plata
Las rosas marchitas, copiosas de polen.

En ópalo inmenso de luz visionaria
Se hundían las formas del frío crepúsculo.

La ignota adorada de quietas pupilas
De brazos rientes que ciñen olvido,

En vano llamaban, divinas, mis lágrimas.
Gemía la muerte, cerrando el camino.

Horror indecible corrió por mis carnes,
Pensaba en la huesa.   Marché solitario.

(Te así, Voluntad, pío cetro del alma)
Las cosas flotaban en ébano etéreo.

Borraba los altos cipreses la noche.
La Cruz flameante lucía serena.

Hermosa, en el puro silencio, la luna
Brilló tras el filo de negro ciprés...

Plátanos matinales

Bajo el azul cielo terso
De Abril, la copa escarchada
Yerguen los plátanos jóvenes.
El viento los mueve y pasa.

¡Fantástica melodía!
En la mañana dorada
El platanar es vibrante
Limbo de tosca esmeralda.

Se suceden en hilera
Los troncos esbeltos. Ráfagas
Inmóviles de oro vivo
En suave lumbre los bañan.

Quejidos como de duendes
Deja escapar la hojarasca.
Al pie de los frescos plátanos
Llora la dulce otoñada.

A par de un alma de niño
Entre esplendores sonámbula,
La luz vacila en el césped
Trémulo cual verde gasa.

¡Oh mágicos troncos de oro
En que el viento se arremansa
Y se parte en mil suspiros
Bajo frondas de esmeralda!

El platanar, visto al sesgo,
Entre el fulgor de la escarcha
Es una inquieta arpa de oro
En la mañana dorada.

Herraduras funerales

Palpita una ilusoria primavera
En la tarde purísima y fragante
de Julio. El caserío reverbera,
Cual dentro de titánico diamante.

Es cielo azul y atmósfera ligera
El alma en el silencio fulgurante.
Ella se evade, alada prisionera,
Entre el delirio del gozoso instante.

No hay ecos en la calle solitaria
Que orilla un hospital. Los campanarios
Irradian iris en la paz diurna.

Pasan cortejos fúnebres. Letales,
Dan las piedras rumores solitarios,
Bajo las herraduras funerales.

Alas mutiladas

Tras la cúpula roja de la iglesia,
Cual titánica antorcha de rubíes,
El sol alumbra el horizonte inmenso.
Fragante, Marzo muere.

Voy con el alma atónita de pena
Por la fúlgida plaza solitaria.
Lúgubre tedio inexpresable enluta
Mi corazón magnífico.

Llamea el laurel rosa floreciente.
Opaca sombra verde se difunde
En torno. Los senderos son de sangre.
Se oculta triste el sol.

Me emponzoña el contacto de los viles.
Nací para vivir vida soberbia
Ciñendo mi dolor cual rica púrpura,
Lejano de los hombres.

¿Por qué, fulgente de esplendor sidéreo,
Marcho entre el lodo de los bajos seres?
El coro vagaroso de las Pléyades
Arde sobre un ciprés...

Sumo dolor

¡Oh pensar que esta senda de ahora que llevamos
Entre zarzas y piedras pudo ser un jocundo
Paseo por las vías de claridad del mundo
A las florales fiestas de un Domingo de Ramos!

¡Y sentir, cual un viento de otoño, la presencia
Invisible y letárgica del profundo Destino,
Y adivinar en rapto de horror luciferino
Que nuestro sumo duelo lo quiso su inclemencia!

¡El engaño voluble de un gélido minuto
Perdido en lo insondable de los días que han sido,
Por un traidor acaso que velara el olvido,
Decidió nuestros yermos días de afán y luto!

La anhelada primavera

¡Oh suave primavera
Del alma solitaria!
¡Oh tórtolas divinas
Que en mi dulzura cantan!

Huyeron los engaños.
Ríe serena el alma:
Es una rosa de oro
En lágrimas lavada.

Misterios del olvido
Feliz aroma exhalan.
El pasado, sepulcro,
Orné de flores albas.

Cual nubes, cual corderos
En nítida mañana.
Ignoradas quimeras
Embellecen el alma.

Enjoyaron estrellas
Fragantes sin sandalias.
Camino del futuro,
Estoy calzado de alas.

Gozo el deslumbramiento
De lo nuevo. Me abrasa
Sublime llama augusta.
La Eternidad irradia.

Alegría, la diosa,
Su ocarina de plata
Suena en el pío reino
De la Ilusión sagrada...

¡Embriágueme este néctar!

¡Las copas levantadas!
Es minuto de dicha.
Tras el brindis chocaron
Cristales y alegrías.

Entre pálidas nieblas,
Veo frentes marchitas
Y espaldas que se encorvan
Hacia la tierra impía.

¡Pasa, tragedia!, ¡pasa!
Es lamento la vida.
¡Embriágueme este néctar
De férvida alegría!

En noche de antaño

Sufro perdido en la tiniebla ardiente.
Corren llamas obscuras por mi frente.
La noche en claridades azuladas
Brilla. Suenan sin rumbo mis pisadas,

Como las de un espíritu lejano
En el vial tenebroso. ¡Hermano! ¡hermano
Que nunca llegas!, el horror propaga
En mí sus fuegos pálidos. Cual daga
Llevo el dolor divino de los mundos
Clavado en mi silencio. Los jocundos
Humanos me emponzoñan de agonía.
La blanca muerte, solitaria, espía.
Eres de nada : moriré sin verte,
Hermano puro y fiel, más que la muerte,
Y sólo he visto negros corazones
Bajo el amor de las constelaciones.
Acaso Dios que al ave le da el trino
Me descubre en mi pena mi destino,
Y la sombra letal que me rodea
Las viles arras de mi gloria sea.
Sonríenme los cielos con dulzura.
Cantan los grillos en la noche obscura.

Armonías insondables

A veces, cuando el sueño mis párpados fatiga,
Y el alma, ardiente polen de sombra, se desliga
De la carne, yo escucho, palpitando en su vuelo,
En mí las armonías insondables del cielo.

¡Es cual si rebosara de empírea claridad!
Los labios se estremecen de gozo y de piedad.
Veo blancos fantasmas con las flores del día.
Mi sien de milagrosa frescura se rocía...

En los sordos caminos de la tiniebla inerte
Retumba la sandalia de huesos de la Muerte.

De otras primaveras

La tarde caía.
Las nubes bermejas
Diéronme recuerdo
De otras primaveras.

Al nacer la luna,
Suave luna llena,
Hablóme muy quedo
De otras primaveras.
Escuché las voces
De luz de la tierra:
El alma decía
También : ¡Primavera!

Partían mis ensueños

Era mi leve imperio la noche bienamada.
En el tibio reposo de la enorme ciudad,
Tras cada muro tétrico me sonreía un hada.
La Cruz del Sur ardía, blanca, en la eternidad.

Resonante, en las sombras, una locomotora
Cruzó entre chispas cárdenas, lejos, un terraplén.
¡Partían mis ensueños hacia invisible aurora,
Constelando de pétalos flamígeros el tren!

Me adormecí despierto. Bebí la maravilla
Que da al poeta en vasos de sol la juventud.
Danzaban fascinantes genios en la amarilla
Bruma. Tañían dedos mágicos el laúd.

Y benévolos rostros fingían los faroles,
Parpadeando, leves, en la calle sin fin.
Marchaba por sendero de transparentes soles.
El mundo olía a rosas como un casto jardín.

Ansiedad

Embárgame la cálida foscura.
Aroma alucinante de jazmín
Cunde en la paz de la arboleda obscura.
En el cielo en su cósmica hermosura
Leve sonrisa de dolor sin fin.

A la luz de las místicas estrellas,
Arden mis ojos en celeste amor.
Ellos querrían transfundirse en ellas.
Miran y sus miradas son querellas.
El cielo calla en su estival fulgor.

Leño en llamas

Bebo terribles lágrimas en vaso
de espinas. Hombres del mirar jocundo
Que me veis vacilar en este mundo
Vuestro, bebiendo lágrimas yo paso,

Estremecido por constelaciones,
Dueño de rosas y albas. El dolor
Me ha dado innumerables corazones.
Es mi melancolía toda amor.

Y he de morir en el divino empeño
Que fija la razón de mi existir.
Ardo en ensueño como en luz el leño.
Consumido de ensueño he de morir.

Nocturno de primavera

Septiembre, cual un nítido hechicero,
Sepulta en flores al infierno amargo.
Ya sonríe rosado el duraznero.
Las noches ya me sumen en letargo.

¿Qué vaga por los cielos de zafiro?
—Veo grandes claveles de escarlata—
Los astros son diamantes de suspiro.
Todo reluce en vaporosa plata.

De rostros se embellecen los balcones.
De los balcones sale melodía.
¡Oh los balcones y los corazones
Y el viejo piano y la melancolía!

Tiemblan en vago vértigo mis venas...
En la noche de mística dulzura
Mi carne es de vibrantes azucenas.
Gozo feliz la sideral blancura,

Y olvido la tristeza solitaria
De mi obscuro destino; tiernamente
Me vuelvo cosa pura y legendaria,
Bajo la inmensidad resplandeciente,

Y del lánguido azur, lleno de aroma,
Vislumbro la divina inteligencia.
La luna, como vívida paloma
De iris, duerme en magnificencia,

Y los jazmines se hablan en la brisa
De las amadas trémulas de amores.
Suena, tras frondas plácidas, la risa
Maravillosa de los surtidores...

Mediodía invernal

Ebrio de olvido, dulcemente lloro,
Bajo la claridad del mediodía
El invierno descubre su tesoro
De violetas y sombras y armonía.

Y el aire suena en un cantar de coro
Angélico... La tersa lejanía
Como escarchada de fulgores de oro,
En inefable limbo me extasía.

Doblan lejanas, cándidas campanas
De una iglesia rojiza, tras verdores
De eucaliptos. Las luces meridianas

Hiende un vuelo de unánimes palomas.
Yacen las azoteas bajo amores
Trémulos de alas, pétalos y aromas.

Mármol nocturno

Un solitario efebo de mármol, entre flores,
Destaca su nerviosa desnudez: en la frente
Amplísima, en el cuello taurino, crudamente,
La fantástica sangre del sol cuaja en fulgores.

Vibra el mármol un ímpetu de tormentoso vuelo...
Los grandes ojos blancos de torturado augur
Interrogan, extáticos, el flamígero cielo.
¡Oh el frenesí del mármol bajo el sublime azur!

El vespero tinieblas invasoras dilata.
Fragante sombra mística llena de inmensidad.
¡El mármol sueña bajo claridades de plata,
Circundado de mundos, ebrio de eternidad!

La divina culpa

Dios mío, las estrellas me hacen gemir de amor.
La vislumbre escarlata de un lejano poniente
Y el temblor de las brisas del estío en mi frente
Me sumen en la gloria de mi cielo interior.

Y mis lágrimas caen cual pétalos de flor
Que manos eternales deshojan dulcemente.
Esa es mi culpa. Sufro por ella intensamente.
Bajo mis pies la tierra danza y quema, Señor.

Defiéndeme sin tregua de los pravos leones
Del Mal, hasta que pueda marchar sobre la tierra
Como sobre las llamas de las constelaciones.

Ante el Mundo y los hombres, un ímpetu se aferra
En mí, vasto de cólera celeste. Muevo en guerra
El flamígero acero de tus santas legiones.



Marmol nocturno

La venganza del ruiseñor

Un meloso ruiseñor
Seré en noche azul de estío.
Seré un ruiseñor de amor,
Trémulo como el rocío.

De los que me hicieron mal
Yo querré tomar venganza.
Vengativo y fraternal,
Les cantaré una romanza.

¡Oh romanza en el balcón
Melancólico de luna,
De los que sin corazón
Destrozaron mi fortuna!

Tenebroso de impiedad,
Les agravaré el tormento,
Confiando a la claridad
De la noche azul, sin viento.

(Tendrá mi voz, voz de luz,
Pérfido temblor celeste)
Que es inexorable cruz
Mi vivir de alado agreste.

Que es amargo mi vivir,
Y que, triste, los perdono.
¿No tendremos que morir?
El perdón es como un trono.

Y después derramaré
En mi canto la dulzura
De lo que es y lo que fué.
El olvido y la hermosura,

Los hechizos de la mar
Y los claros mundos de oro
Vibrarán en mi cantar,
Cantar trémulo de lloro.

Tanto el corazón febril
De los que me hicieron daño
Alaré de paz sutil
Y de melodioso engaño,

Que sufrirán un horror
Frío como el pensamiento
Traspasado del dolor
Del vano arrepentimiento.

¡Oh dulzuras infernales
Del gorjeo de cristal
En que vibrarán, fatales,
Todo el Bien y todo el Mal!

Los taimados al dormir
No tendrán un sueño tierno,
Pues, soñando, habrán de oir
Que el mal hecho es mal eterno.

Y en un cielo de candor
Y luceros musicales,
Verás como, vuelto flor
De fulgores siderales,

Vuela — ¡ciego! — un ruiseñor.

Año Nuevo

Me miran las estrellas fraternales,
Lejanamente, como a un prisionero.
Hay luz de aciaga luna en los cristales
De mi ventana. El Año Nuevo espero.

Y se acosan las penas inmortales.
(En vano sigo en pos de mi lucero.)
Doce toques purísimos e iguales
Suenan. Huyó Diciembre. Llega Enero.

Arde la noche nítida en clamores.
Arrebatados fuegos de artificio
Cubren las sombras de sidéreas flores.

¡Un paso más hacia la muerte!; ¡un paso
Menos de silencioso sacrificio,
A los fulgores del eterno ocaso!

Coloquio con mi pipa

En las místicas noches invernales,
Pipa, amorosamente me acompañas.
Bajo las altas luces siderales,
La tuya, humilde, dora en mis pestañas
El llanto. Somos, pipa, fraternales.

El rubí susurrante de tu fuego
Murmura, deshaciéndose en perfume:
Serás mañana inmortalmente ciego.
De tu destino la verdad asume
Mi ardor que muere: fuma con sosiego.

Y en la senda del parque más secreta
Tú me sonríes dulcemente. Adoro
Tu callada sonrisa de poeta,
Luciente en chispas de granate y oro,
Las noches que embalsama la violeta.

El hondo beso de la amada ausente
Me das en la difusa bocanada.
Marcho como en sopor resplandeciente,
Arrojando los besos de la amada.
El frío me hace dar diente con diente.

Cálida y pequeñuela, en el bolsillo
Te guardo, luego; mi aterida mano
Calientas como un dulce geniecillo.
Fulgen los orbes del azul lejano.
En sombra, pipa, se tornó tu brillo.

—Hojas muertas esmaltan el sendero
Blanco de luna—. El Universo triste
Simboliza tu efímero brasero.
Es humo, pipa, todo lo que existe.
El mundo pasa como un pasajero.

Pipa de guindo y cuerno, pipa mía,
Bajo los éxtasis de las estrellas,
Tornas en sueños mi melancolía.
Más lágrimas lloré que todas ellas.
Mancha mi mano tu ceniza fría.

Prodigios de La Esperanza

¿Quién renace en el gélido camino?
¿Por qué las tumbas son como el gorjeo
Y como suave día cristalino
Los tenebrosos reinos de Morfeo?

—Sonríe un puro sonreir divino
La Esperanza; su idioma de aleteo
Y milagroso címbano argentino
Escucho. Bella y pálida la veo.

—¿Vaga vestida de sereno verde?
—Sí : los follajes de la primavera
Cubren su cuerpo, las primaverales

Auras palpitan en su cabellera,
En que el hechizo de la luz se pierde
Y te miran sus ojos inmortales.

Fugaz amor

Nácar, rocío, ardor celeste,
Es la mañana septembral.
Mi corazón la luz del este
Transforma en lírico rosal.

Y, alucinado, por la senda
De largas sombras de zafir,
Sonrío sin que se comprenda
Porque yo he dado en sonreir.

Del corazón todo gorjeos,
En la rosada inmensidad,
Como palomas los deseos
Vibran argéntea claridad.

¡Leve misterio! : ¡fué una bella
La que, pensando, en el dulzor
De su mirar de dulce estrella
Me estremeció en fugaz amor!

Mi dulce muerte

Yo muero de dolor y sed de amor.
Bajo los resplandores siderales,
Escucho claras voces inmortales,
Mi sangre es de viviente resplandor.

Muero de sed de amor y de dolor.
En las doradas aguas musicales
Y en las ocultas liras vegetales
Del viento muero en inefable amor.

Bajo el nítido encanto

Luna invernal irisa los cristales
De las ventanas. Eter de azaucena
En vago azur difunden la serena
Luna y los claros fuegos siderales.

De nácar son los muros habituales
Y las flores amigas de mi pena.
Bajo argentina luz de luna llena,
Gozo aromas de rosas y de sales.

Así, perdido en el albor difuso,
Me siento marmol y en la vida sueño.
Sueño en la amarga vida que viví,

Y en este mundo en que divago intruso
Y en mi sordo silencio zahareño
Y en el angel dormido que hay en mí.

Tinieblas santas

En la cálida noche transparente
Murmura un sacro espíritu de lloro.
Arde en brasas flamígeras mi frente
Bajo los cielos de alabastro y oro.

A Dios cual beso trémulo se siente.
Entre los negros árboles en coro
Reposa muda, en su blancor, la fuente.
Todo es silencio: lo demás ignoro.

Todo es silencio y sideral olvido.
¿Soy, noche santa? ¿Alguna vez he sido
Acaso? Ante el misterio que me oprime,

Como una melodía me difundo
En la sagrada música del mundo,
Enmudecido en estupor sublime.

Calles de Belgrano

Acaso nunca fué la primavera
En mis sueños, tan trémula de olvido,
Como en esta mañana transparente,
Por las serenas calles de Belgrano.

Las anchurosas calles solitarias
Su densa, fría sombra, el susurrante
Silencio de los plátanos verdísimos
Y los trechos de sol entre la sombra
Me dan letargo de ternura elísea.
En la atmósfera azul riela Septiembre.
Las nubes como velos sonrosados
Flotan en claridades de zafiro
Y relucen las vívidas techumbres,
Las torres de pizarra, los bermejos
Tejados, entre ráfagas de iris.
Majestuosos palacios sin rumores
Albean circundados de jardines.
¡Oh los rosales todos florecidos
Tras las verjas antiguas! Por momentos,
Pálidos rostros de doncellas rubias
Asoman. En temblor desfalleciente
Un piano suena y loca melodía
Se esparce. En mí la eternidad murmura.
Dichoso voy soñando en el silencio
De las serenas calles de Belgrano.

Fuente solitaria

Cae el sol entre nubes de esmeralda.
Los soñolientos plátanos se doran.
¡Oh los plátanos verdes en Octubre,
Las quietas calles y las mariposas!

¿Qué júbilo de suaves cascabeles
De plata vibra en la indolente brisa?
La hiedra cubre los altivos muros
Señoriales. Un ave ignota trina.

Y, tras glorieta de dormidas rosas,
Fuente invisible llora atormentada.
Bajo el oro del sol en agonía,
Llora la vieja fuente solitaria.

Golondrinas

Ligeras golondrinas
Que trasvoláis serenas,
En temblante bandada,
Bajo cielos de perla,

Golondrinas lucientes,
Todas de negra seda,
Siento a Marzo en el alma.
El rubio Otoño llega.

Bien lo avisa el poniente
De lánguido violeta,
El aire más sonoro
Y, en mí, no sé qué pena.

¿Es pena o regocijo?
Vaga quietud etérea
Infúndenme las hojas
Que arrastra el viento, muertas...

Errantes golondrinas,
A comarcas más tiernas
Partís, atrás dejando,
Las otoñales nieblas;

Y en ámbito de fuego,
Del Trópico en la fuerza,
Labraréis nuevos nidos,
Dulcísimas viajeras;

Para tornar fervientes,
Cuando de vuestra ausencia
Pregone, melodiosa,
El fin la Primavera.

Envidio vuestra suerte:
¡Siempre en plácida fiesta
Y en leve errar alado
Sobre la dura tierra!

Qué del mudar perenne,
Aspid de la existencia,
Nada sabéis vosotras,
En primavera eterna.

Nostálgico junto al fuego

Murmuras, claro fuego, como un párvulo en sueños;
          Tus llamas carmesíes
Abren, fascinadoras, en los cálidos leños
          Irritados rubíes.

Por los muros cubiertos de retratos queridos
Tu viva incandescencia
Pinta de oro muriente rostros descoloridos.
Sufro males de ausencia.

¡Cuán grato me eres, fuego, con tu llama sonora
De azur y de rubor!
Mientras el viento lúgubre en la ventana llora,
Sueño a tu resplandor.

Y escucho cantos de remotos mares.
La luna sus querellas
Dice a las olas, olas de azahares
Y lágrimas de estrellas.

Tendida en su caverna procelaria,
Entre ásperos delfines
Contempla una sirena solitaria
Los trémulos confines.

Teje lotos y perlas. Taciturno,
El astro en sus destellos
La aureola de fósforo nocturno;
Son de ámbar sus cabellos.

El magnético azul de los lejanos
    Mundos brilla en las gemas
Con que adornan, letárgicas, sus manos
    Las húmedas diademas.

Por cada amante muerto, una guirnalda
    Arroja al mar sonoro
De turbulentas liras de esmeralda,
    Bajo las noches de oro.

Voces de antiguos navegantes muertos
    Cruzan la marfileña
Vastedad de los ámbitos desiertos.
    La clara noche sueña.

Quizá

Chicuelo rosado
Que, por la alameda,
Bajo el sol naciente,
Me miras y juegas,



Monófonos jardines melancólicos

Quizá ante tus ojos
A pasar no vuelva,
Quizá tú, mañana,
Para siempre duermas.

Melancolía del rosedal

Gimen violines en la lejanía...
Sobre el cesped verdísimo las rosas
Fulguran como llamas tenebrosas.
¡Oh las rosas y el alma en agonía.

Entre los fuegos últimos del día!
Arden en oro místico las cosas.
Por las calladas sendas olorosas
Un no sé qué de muerte me extasía.

Engolado de azur, vibrando gemas,
Su cauda de pupilas de visiones
Abre un pavo real. El sideral

Misterio llora lágrimas supremas.
Bajo el fulgor de las constelaciones,
Me adormece de olvido el rosedal.

Más allá de los cielos

Amemos, olvidemos, perdonemos.
El odio diviniza bajamente.
Como sagrada antorcha incandescente
Ilumina los éxtasis supremos

El amor. Perdonemos, olvidemos.
El horrible Caín es inocente.
Dios nos contempla; su infinita mente
Tornada en astros por la noche vemos.

Amor hacia el dolor, hacia el horror
De la muerte inmortal que nos apaga
Y nos convierte en sacro resplandor,

Ante el pánico mal, que ciego vaga,
Y la razón que atónita naufraga
Piden las llamas del divino amor.

Violetas votivas

Tengo nuevas violetas.
¡Son de felpa y de sol!
El fino invierno canta.
Marcho lleno de unción.

Ventura mía, imagen
De huyente claridad,
Anhelo con mis flores
Tus sienes adornar.

Brilla el largo sendero
Cual oblicuo rubí.
Frondosos paraísos
Se alumbran de zafir.

Brisa alocada, lleva
Contigo mi adustez.
¡En la viva mañana
Es mi pecho de miel!

Débil sonar de triángulo
Me acaricia jovial.
¡Felicidad hermosa,
Si te pudiera hallar!

Me regalan las fuentes,
Los árboles, la luz
Gloriosa de gorjeos
Bajo el lírico azur.

¿De paz constante el alma
Cuando podré adornar?
Tiemblo como estas flores,
Vencido de ansiedad.

¡Cógelas tierna brisa!
¡Roba mi corazón!
Arrojé mis violetas.
Cubren la senda, al sol...

Monótonos jardines melancólicos

Jardines tristes, pálidos jardines
De la lujosa calle taciturna,
Enfermo de crepúsculo y olvido,
Os amo, melancólicos jardines.

Del fausto muerto del hermoso antaño
Sólo perdura alguna estatua pura
Entre las frondas. La mohosa fuente
Sueña en las cosas del feliz antaño.

Por las sendas calladas, dulces sombras
Pasaron; por las sendas solitarias
Que custodian estípites enormes,
Eterno amor juráronse dos sombras.

La opaca hiedra del verdoso muro,
El blanco mirador de las glicinas,
Evocan el pasado, melancólicos.
Destella el sol en el verdoso muro.

De noche, en la glorieta abandonada
Canta el grillo monótono. De noche,
Las luciérnagas vívidas encienden
Las sombras de la casa abandonada...

Pasa un cochecito fúnebre

En la rosada llama del poniente
Se aleja el albo cochecito fúnebre,
Entre una incierta polvareda de oro.
La Cruz del Sur en el espacio inánime,

Casi nocturno, temblorosa, alumbra
Sus cuatro puros fuegos inmortales.
Frondosos eucaliptos se estremecen
Cual verdinegras nubes gemidoras,
Bajo el roce titánico del viento.
El ámbito en azur se cristaliza,
Maravilloso y trémulo de frío...
Quizás, querube de pureza eterna,
Bajo coronas de nevadas flores,
En tu blanco ataúd, con invisible
Sonrisa te sonríes; el inmenso
Drama de las pasiones y la duda
Tú no sufriste, ni a la sorda tierra
Pediste amor, ni en la implacable muerte
Pensaste, muertecito solitario.
Acariciaron besos tus mejillas,
Y ¡oh las horas postreras en el féretro!
Sobre tus leves párpados plegados
Cayó un rocío celestial de lágrimas,
De los ardientes ojos maternales.
Venido del misterio, en el misterio
Te extingues cual estrella matutina

En la blancura sideral del alba.
Eres un santo enigma taciturno,
Párvulo muerto del pequeño coche
Perdido en el crepúsculo sublime.

Fronda amiga

Danza el Otoño en la mañana gélida.
¡Mañana cristalina!
La vivaz esmeralda de los céspedes,
Entre la bruma tímida,

Destella, palpitante de rocío.
Blancas mariposítas
Vuelan sobre las malvas. Soñolientos
Paraísos negrean. En la límpida
Frescura tiembla una canción de niños.
El quieto parque de la fronda amiga
Arde en serenos resplandores verdes.
Juega la mansa brisa.

¡El parque está en mi alma
Como una joya viva!

Palmas siderales

La noche tiene un corazón luctuoso
En que laten las lágrimas del mundo.
La noche en su silencio prodigioso
Sueña en el caos y en el gemebundo

Día terrible del final reposo.
Amo la noche yo, meditabundo.
En mis pupilas su fulgor medroso
Riela un presagio místico y profundo.

Hacia tus soledades, noche eterna,
Donde es la libertad claro sosiego
Mi fe su vuelo sideral gobierna,

Con celeste dolor por atavío,
Y halla en la luz de tu incesante fuego.
Palmas de misterioso poderío.

La Nochebuena de los huérfanos

a Juan Carlos Del Giudice

Señor de mis silencios, Padre mío que adoro,
— Océano de soles brilla en la noche de oro.
Bajo diáfana atmósfera reposa el mundo terso —
Mis pupilas reflejan el ardiente Universo.

La noche es clara imagen de amor de lo que fuí
En tu seno celeste. Renaces, Padre, en mí,
Ahora, como un viento de aromas, como el ruego
De un arcángel de llamas. Corre en mis venas fuego
Y azur. Sobre la tierra trémula de blancura
Lunar, descanso inerte cual fúnebre escultura.
En vahos invisibles se pierden mis sentidos.
El seno del planeta, crispado de latidos,
Me siente. A los destellos temblantes de la luna,
La máquina del orbe solitario me acuna.
No soy hombre. Carezco de orígenes. Carezco
De fines y deseos. Soy del capullo fresco,
Del dolor, de las sombras, del enigma infinito
Un hermano supremo. Padre, por ti palpito.
Hacia el sol adorado tiende la triste llama.
De los cuatro horizontes del Cosmos se derrama
El misterio en mi pecho. Cual índice sublime,
Mi mente, dócil cera, tu inmensidad oprime.
En tu presencia escucho mis santas energías.
Vibran, liras aladas de oro, en las lejanías
De lo creado. ¡Padre, bajo tu inmensidad
Soy una blanca estatua de blanca eternidad!

El humano al humano, satánico, asesina.
Olvida el hombre fiera la enseñanza divina:
«Amaos cual si fuerais hermanos». El planeta
Huella Luzbel. La casa de la Verdad se agrieta.

Reverberos horribles hienden la lontananza.
El orbe es hoy un ara de crimen y matanza.
Cadáver entre cuervos, se pudre el Ideal.
El Mal en las tinieblas nos vigila inmortal.

Señor, sé que los crímenes retoñan en castigo.
El dolor es la insignia de quien marcha contigo.
Los tremendos horrores que nos dañan ahora
Se tornarán celajes de oro en futura aurora.
Quien sufre ve el reflejo del infinito vivo.
Hoy te llevamos, Padre, como un astro cautivo.
Este caos de crímenes tu inefable sapiencia
Sólo puede juzgarlo. Nos ciega la violencia.
En tu suma justicia nuestra razón inicia.
Hoy no somos capaces de verdad y justicia.
Humanos a tu arbitrio sublime resignemos
El fiel inexorable de los juicios supremos.
¡A las coronas trágicas, a las tierras dementes,
A las manos sacrílegas, a las lenguas serpientes,
Excelso rey del hombre, de la espiga y del buey
Asesta los flamígeros lanzazos de tu ley!
¡Que la Espantosa Bestia, Señor, vencida expire!
¡Que en las blancas alturas, iluminada, gire
La tierra fragantísima, la tierra toda incienso
De amor, entre los júbilos del vivo espacio inmenso!
¡Que las razas execren su antaño de amenaza
Y muerte, convertidas en una sola raza!

¡Que el Universo sea jardín de amor en flor
Bajo las primaveras de tu gloria, Señor!

Quien muere en el silencio místico se aniquila,
Mas, péndulo del Cosmos, eternamente oscila.
Vive en lo santo puro, palpa lo bello cierto,
El espíritu eterno de la carne que ha muerto.
Al rozarlos las alas de las inmensidades
Se tornan los cadáveres en pías claridades.
Quien a un muerto querido recuerda, lo divisa
Transfigurado en éter, ser de luz y sonrisa,
Más allá de las tumbas del sangriento holocausto.
Quien llora a un bienamado de pena queda exhausto.
La queja de los ángeles solamente es obscura
Y sacrílega. Padre, sobre la tierra impura,
Los ángeles encarnan en los rosados niños.
Nuestra podre por ellos vale luces y armiños
Celestes. En un niño que sonríe sonríes.
Tú edificas estrellas, él recoge alelíes.
En tu viaje invisible por la materia humana
Hacia el azur, irradia tu voluntad arcana.
¡Nos ungen tus fulgores de sacra esplendidez
Cuando en nosotros ríe, mística, la niñez!
Hoy envuelven los párvulos pañales de tristeza.
La infancia gime atónita, desesperada reza.
Por sus pupilas pasan visiones espectrales,
Panoramas de infierno, rojos seres fatales.

El dolor de los ángeles los mundos envenena.
¡Padre, tú fuiste niño también la Nochebuena!
Los vahos de la tierra por tu carne pasaron.
Cuando naciste estrellas y monarcas temblaron,
Marchaban los pastores por la azul lejanía.
En los montes lejanos la nieve relucía.
Un establo perdido te envolvió en su fragancia.
Los astros de Judea contemplaron tu infancia.
¡Hacedor inefable que sufriste en la Cruz,
Son los niños las rosas de tus prados de luz!

Vibra la inmensa noche de estío, solitaria.
En sus entrañas de ébano palpita mi plegaria.
Por escalas de soles de diamante y rubí
Flamígeros, mis preces se elevan hacia tí.
Señor, pienso en los huérfanos que gimen en la tierra
Toda, en todos los huérfanos que produjo la guerra.
Los veo adormecidos, demacrados, rendidos.
Sueñan: dora una lágrima sus párpados caídos.
Ven al padre adorado que partió una mañana.
En la fresca mañana sonaba una campana
Estrepitosa. Pasan por sus ojos visiones.
Bajo el fuego sublime de las constelaciones
Todas del Universo las miradas extiendo.
En la selva indostánica, bajo el cielo tremendo
De horror, en las llanuras por donde el alce va.

En los valles que irriga, luminoso, el Danubio,
En los verdes viñedos del teutón, en el rubio
Prodigio de los días de la tierra del Sena,
En las ánglicas brumas, en la Italia serena,
Veo niños dormidos entre sombras de muerte.
El odio que al adulto, maléfico, pervierte
El huérfano lo ignora. La nueva Humanidad
Clama, niño sonámbulo de amor : ¡Fraternidad!
Por el dolor unidos, sin mentiras rivales,
Forjarán los futuros los evos fraternales
Son los niños que duermen mientras mi labio canta,
Del porvenir augusto la levadura santa.
Hollamos cementerios, tras los rojos confines
Del tiempo, verán ellos balsámicos jardines.
Señor, llueve en sus almas tu pía luz serena.
Cuando esparza sus sombras de amor la Nochebuena
Sobre el mundo manchado de oprobio, tu dulzura
Llueve sobre sus frentes que sella la amargura.
Mientras truene a lo lejos el cañón homicida,
Envía tus arcángeles a bendecir la Vida.
Portadores de júbilo, portadores de palmas,
De luz, hermanos suaves de las pueriles almas,
Decoren tus arcángeles de rosas de alegría
Y aroma inmarcesible toda cuna sombría
En que un párvulo duerma, blando el brazo caído,
El rostro entre las claras holandas escondido.
Que el huérfano vislumbre, soñando, en la pureza
Nocturna, lejanías de increada belleza.

Países fabulosos de fantasmas divinos,
De árboles de fulgores, con magnéticos trinos.
Mientras ronca las sombras estremezca la guerra
La sonrisa inocente sublimará la tierra.
En sus sordas entrañas nuestro planeta obscuro
Sentirá un ungimiento lustral. El cielo puro
Será un inmenso olvido. Calladas bendiciones
Exhalarán las cosas. Ardientes aquilones
De júbilo supremo recorrerán los mares.
¡Señor, que tus arcángeles cubiertos de azahares
Desciendan, amorosos, del celeste retiro
De mundos inflamados que palpitante miro!
¡Que al sonar las campanas de la nocturna misa,
Los labios de los huérfanos florezcan en sonrisa
Y el Universo en éxtasis se vuelva augusto grito
De paz en el delirio de amor del Infinito!
¡Que el huérfano te escuche! ¡que el huérfano te vea
La santa Nochebuena, Divino Padre! Sea.

El divino viajero

En ocaso de llamas y violetas
Sonríe el sol magnificencias de oro.
¡Oh, sonrisas del sol!: puro tesoro
Del cielo y de mis lágrimas secretas.

La inmensidad dorada se zafira.
Llega el divino espíritu nocturno.
La noche y mi silencio taciturno
Se aman como los dedos y la lira.

¿Cuál es el sueño que en mi sien se oprime?
Yo dormiré, mientras el sol hermano
Vague, de ocho planetas soberano,
Entre las sombras del horror sublime.

Veré en sueños, de nuevo, mis dolores.
El irá por las negras soledades,
Enrojeciendo antípodas ciudades,
Nutricio a las espigas y las flores.

Y me despertará, tierno, mañana.
Su luz que sobre el águila rutila
Llenará de quimeras mi pupila,
Al inflamar, piadosa, mi ventana.

Hermano, dulce hermano, en bella aurora
De ardor primaveral no podré verte.
¡En los blancos imperios de la muerte
Seré como tu luz que me enamora!

Y tendré tu poder sobre arreboles
Eternos. En los cielos errabundos
Del más allá despertaré los mundos.
Seré un gran sol entre invisibles soles.

Sueña la vasta noche de turquesa.
La luna un día misterioso llueve
De azur sedeño y funeraria nieve.
La brisa melancólica me besa.

Y son los astros dulces corazones
De infinitos espíritus de llama,
Sobre mi corazón que se derrama,
Centelleante de constelaciones.

Lirios azorados

Azoraba los lirios el gran viento de Enero.
Bajo la etérea escarcha lunar que ama el lucero,
Se escondían con mueca de mal vencido espanto
Claveles y jazmines entre el hojoso manto

Del jardín. Esperaba la floral dulcedumbre
De la clemente brisa la diaria mansedumbre
No el crispado tumulto de las garras del viento.
Leve me dijo el alma: mira el sacudimiento
De esa gasa de flores revuelta y perfumada.
Envía Dios, a veces, la turbadora espada
No el mantel de las cenas jubilosas... ¡Que abrume
El viento las esquivas flores! ¡Darán perfume
Más grato en su tormento! Luego querrá el Destino
De las brisas letárgicas y el astro vespertino
En las negras corolas derramar la dulzura
Que extasía las mieses de la negra llanura.

La muerte del recuerdo

Sueño en los sueños del antaño incierto.
— Las cruces en el fúnebre recinto
Radian entre vapores de oro muerto —
Sueño en la fe sagrada del instinto

Que me lleva por trágico desierto,
Cantando. Sueño en el dolor extinto.
Ya las densas magnolias han abierto.
Pálido brilla el cielo de jacinto.

Y todo se hace en mí melancolía.
Un recuerdo me trajo al cementerio.
En vano sueño en el ayer, en vano...

Mi ayer, cual barca en la corriente impía
De caudalosas aguas de misterio,
Se pierde obscuro, informe, en lo lejano.

Evocadores nombres de Asia

¡Bellos nombres sonoros!
¡Vibrantes cual clarines
De plata, entre delirios de violines,
Bajo un sol matinal!:

¡Futtepore! ¡Bhopal!
Desfilan negros toros
Y ávidos tigres de pupilas de oros
Vívidos y pagodas fascinantes
Que rondan procesiones de bramines
Y blancos elefantes,
En noches milenarias,
Llenas de verdes aves fabulosas
Y de lotos cuajados de rocío
Y de védicas rosas
Que en el ambiente denso
Suspiran como lángidas esposas
Entre los ecos del divino río
Sonante en las honduras tenebrosas...

21 de Marzo

Sangra el otoño en cielos de violeta.
¡Oh, bello día, corazón del año!
Melancólica gira la veleta.
Caen las hojas como un dulce engaño.

Y el viento de las horas vespertinas
Las arrastra cual lágrimas de oro.
El estío llevóse su tesoro
Postrero en un volar de golondrinas.

Entristecen los pálidos mendigos
Y el chirriar de los lustrosos rieles.
Vendrán las noches largas y crueles
Al soñador errante, sin amigos,

Que pensará bajo los astros puros
En el amor de la ilusoria amante,
Y envuelto en claridades de diamante
Escuchará gemir los blancos muros,

Y en la ciudad que la luna llueve,
Hechizada de luces la pupila,
Verá una selva mágica que oscila,
Maravillosamente hecha de nieve.

Murmura la oración, suave, en campana
Lejanísima. Lleva mis pesares
El bronce hacia el azur. Crepusculares
Nubes sonríen con sonrisa humana.

Todo es vago, indistinto. La difusa
Sombra nocturna me habla de los muertos.
Cual lenta brasa sus rubíes yertos
El sol esconde ante la luna intrusa.

Marcho ignoto entre el mar indiferente
De las ríspidas turbas. Tras cristales,
Simulan gruesas bayas otoñales
Racimos de esmeralda transparente.

Un piano suena en vana melodía.
Por los muros divino albor resbala.
Vaho de estío, a mi pasar, exhala
Enorme tiesto en una florería.

Aletean los globos luminosos
De las lámparas. Trémulos malvones
Enrojecen el césped. Mis visiones
La eternidad asaltan cual molosos.

Y junto a un mármol de ideal sonrisa,
Se aquietan, palpitantes de cariños.
En ronda estrepitosa cantan niños,
Bajo la luna, entre hálitos de brisa.

Me alejo. Abren angustias de cantar,
En mi interior, dulcísimo retoño.
La lánguida ternura del otoño
Me embarga. Ruge la ciudad, cual mar.

Naturaleza

Vasta Naturaleza, vasto sueño,
Tu insondable mecánica armoniosa
En mi cerebro férvido reposa
Como el ave en la diestra de su dueño.

Y, ¡oh, santa lumbre de prodigios!, eres
Tuya en tu ser de números y auroras,
Y en tu mutismo trágico devoras
Los seres y las obras de los seres.

Canción en la noche

Canción de frescos labios italianos
Suena en la noche mágica de Julio.
Canción de amores y de obscuras góndolas
Suena bajo el celeste plenilunio.

El tictac del reloj, frío, me enerva.
Siento mi corazón hecho de música.
¡Oh, brisas melancólicas del Lido!
¡Playas divinas bajo el sol de púrpura!

Veo antifaces, oigo bandolines.
Un volar de palomas legendarias
Mira Arlequín. La sombra en los canales
Se adormece entre mármoles y llamas.

La canción rumorosa en lo lejano
Se pierde como un llanto en la tiniebla
Azul que argenta la piadosa luna.
Sueño en los carnavales de Venecia.

Por ti

Hermana, he de salir. El parque amigo,
Cerca, me aguarda con sus viales rojos.
Entre el frío de Junio,
Marcharé por las sendas de seroja y de polvo.

Mío será el gorjeo de un pájaro celeste.
Quizá bajo mis pies florezcan rosas,
Ante el mundo enemigo,
Por ti en el alma llevo luz de aurora.

El cetro oculto

Pasa, breve, la vida pasajera.
El dolor cual terrible sagitario
Nos hostiga. La nada nos espera.
Todo lo envuelve el sideral sudario

Del no ser, mas la pía certidumbre
De lo infinito en nuestro pecho canta,
Mística alondra de sublime lumbre
Rasga los velos de la noche santa.

En claras rotaciones de armonía
Muévese el tiempo. El tenebroso mundo
Flota en la llama trémula del día,
Vibrando en iris, nítido y jocundo.

Más puro que arcangélica diadema,
Fulgurante misterio se dilata,
Por donde alumbran en visión suprema
Los astros son polígonos de plata.

Dominando los seres y las cosas,
Avasalla el Espíritu al Destino.
Las trágicas pupilas tenebrosas
Medusa rinde a su poder divino.

En el mundo agonal la opaca duda
En letárgico tedio se convierte.
La virgen Voluntad vaga desnuda,
Vencedora del odio y de la muerte.

Esta voz sale de las claridades
Eternas: ¡Eres! ¡Hombre Dios, aspira!
¡En ti resuenan las eternidades
Como los puros vientos de la lira!



Canción de la noche

Violín de ciego

¡Oh, cielos matinales!
Transidas de quejumbre
Suenan mágicas liras
En las frondas azules.

Me llaman los senderos
Solitarios. Perdido
Entre pálidas sombras,
Huello tosca y rocío.

Tañe un ciego haraposo
Viejo violín negruzco.
Maravillosamente,
En redor, todo es mudo.

¡Cuál se llena de arpegios
Mi adusto corazón,
Mecido por las notas
De caricia y de sol!

¡Danza en torno, alma mía!
¡El contento es locura
Generosa de olvido,
Más que el sueño y la música!

No pensarás, en tanto,
Que, a par del pordiosero,
La portentosa Vida
Tañe un tañer de ciego.

¿Adónde van los mundos
Rodantes en el éter?
¿Adónde van las almas?
¿Qué nos quiere la muerte?

¡Bien cae aquí tu danza
De olvido y alegría!
¡En su fatal secreto
Sublímase la vida!

El muerto poema

Yo querría una noche lunar y perfumada,
En silenciosa estancia de muros de rubí,
Que poblaran los sueños amorosos de un hada,
Sentado a una gran mesa de coral carmesí,

Toda de enormes gemas flamígeras ornada,
A la luz de una luna de verano turquí,
Y con mis verdes ojos perdidos en la nada,
Escribir el divino poema muerto en mí.

Mis pies descansarían en alfombra de rosas
Y sedas con figuras de bestias fabulosas.
Yo olvidaría todo lo que fuera mi yo.

¡Yo, vestido de púrpuras cual monarca jocundo,
Sería en mi delirio la alegría del mundo,
Escribiendo el poema que el mundo me robó!

Inesperado jacinto

Era Agosto. En romántica aurora
El jacinto nació fascinante.
De la escarcha en el tenue diamante
Reflejóse la luz soñadora.

Caperuza de un gnomo poeta,
Regio adorno de lírica veste,
Semejaba en la aurora celeste
La temprana corola violeta.

¿Fué el hechizo del viento ligero
En la noche magnífica y bruna?
¿Fué entre el vago vapor de la luna
La piedad de un hermoso lucero?

¡Cuál aroma exhalaba entre aromas
El jacinto, a la luz matutina!
En la pálida fronda vecina
Se arrullaban dos negras palomas.

¡El invierno letal casi extinto
Y en las ramas pletóricas yemas!
En mi sien florecían poemas.
Aromaba el ufano jacinto.

Jorobadillo cojo

Pasa el jorobadillo
Cojo. Callado pasa,
Con su traje amarillo,
Con sus ojos de brasa.

El triste entre los cojos
Aviesamente espía.
En los cabellos rojos
El feroz mediodía
Prende claror de hoguera.
Por la calle radiante
Es de fundida cera
El aire. Tremulante
Pasa el joven tullido,
Cual un roto muñeco.
El puño enflaquecido,
Tenue sarmiento seco,
Apoya en un bastón.
Sonríe el desdichado.
Ante mi corazón,
Pasa, pasa, callado.

Herido

El cielo rojo y denso, como la roja cera,
Tras la vasta arboleda tenebrosa fulgía.
El viento susurraba con extraña alegría.
¡Melancólica primavera!

Mi corazón inhábil para el odio moría.
Daba el sol en mi frente. La luz que me envolvía
Tornábame en fantasma de sangrienta quimera,
Desfallecido como las púrpuras del día...

Campanas bajo las constelaciones

¡Sonad!, ¡sonad, campanas solitarias,
Arcángeles terribles en la obscura
Noche! Soy todo mística blancura,
Bajo las soledades planetarias.

Dan al azur incienso mis plegarias
De amor indescriptible, y mi ternura
En inmortales almas transfigura
El fuego de oro de los mundos parias.

¡Sonad¡, ¡y a los eternos corazones
De las estrellas conducid la pena
Del corazón más puro que azucena,

Y la mirada, inmensa de visiones
Ante el misterio que en vosotras suena,
Campanas bajo las constelaciones!

Madrugada fría

Madrugada fría,
De color de tierra,
Restos de una noche
De insomnio y espera,



La última noche azul

El sol ya marchita
Tus pocas estrellas.
En ti se estremecen
Gritos de taberna,
Desnudas mujeres
Y manos sangrientas.
Madrugada fría,
Madrugada eterna,
Locos organillos
En plazas desiertas,
Rostros criminales
Tras lívidas rejas
Y hospicios poblados
De sombras enfermas,
Conjura tu llanto
De color de tierra.

La mascarilla

Vi la mascarilla de color de herrumbre.
— Ardían las boyas del obscuro estuario —
En el yeso antiguo vibraban, en lumbre
Arcana, destellos de un sol funerario.

Perdida entre sombras de invisibles cielos
La niña difunta, que lejana muerte
Quitara a este suelo de llantos y duelos,
Mostraba en la imagen su sonrisa inerte.

Vuelve a mi recuerdo la visión. El mundo
Flota en el ocaso divino. La tierna
Vida disipada pudo ser. Profundo
Corre el negro río de la causa eterna.

Semeja un espíritu la noche azulada.
El viento con voces de sueño palpita.
Sondea la nada mi angustia sagrada.
¡Oh, azar omnisciente de saña infinita

Que nos da la vida, que nos trueca en nada!...

Carro en la niebla

Sonante en las nieblas de la roja noche
Pasa un carromato de bueyes. Garúa.

La gualda farola reluce, oscilando
Casi a ras de tierra. Sopla frío viento.

Ha poco tronaba. Recuerdan los ojos,
Azules relámpagos de plata fatídica.

Ha poco, negruzcos, en la opaca niebla,
Gemían los frescos rosales cercanos.

Lúgubres traquidos da el carro. Tan sólo
El suena en la inmensa ciudad solitaria.

Tan sólo las ruedas brutales, chocando
En las blancas piedras, evocan la vida.

Es hora en que surgen las yertas visiones
De antaño y el alma contempla las tumbas.

Duelos y alegrías cual férvidas sombras
Pasan frente al alma, casi adormecida.

El carro, a lo lejos, marcha fragoroso.
Hienden las tinieblas doce campanadas.

¡Doce campanadas bajo el cielo rojo!
Vagas formas brillan entre la garúa.

Ahora es silencio la calle. Terrible
Mudez amortaja la noche infinita...

El vago parque de una fantasía

Cunden risas de niños en el parque violeta.
Las estrellas alumbran pálidos fuegos de oro,
Tras los obscuros árboles, y canta el suave coro
De los pájaros... Sueño, taciturno poeta,

En la ideal dulzura de mi pena secreta.
Erige vivos nácares un surtidor sonoro
Entre sombras turquíes, abismando en su lloro
El paisaje irisado cual un muerto planeta.

Melancólica nieve la pía luna llueve.
Mis sentidos se cuajan de blancos esplendores.
Me lisonjea el alma cual fraternal augur.

Y, tornado en estatua de quimérica nieve,
Florecen en mi pecho maravillosas flores,
Y mis ojos naufragan en vértigos de azur.

Moribundas alas

Eran ya fenecidas muchas bellas auroras.
En los tenues espejos de nostálgicas horas
Contemplaba las púrpuras de las nubes errantes,
El otoño en cenizas, los quebrados diamantes

Del agua en el crepúsculo. Divinamente lerdo
Vagaba por los pálidos jardines del recuerdo.
En tanto, de mis sueños las nevadas palomas
Morían en la fiesta de fuentes y de aromas.
Surgió ante mí, de pronto, la sempiterna intrusa:
El alma. Era una niebla de plata y luz confusa.
Miráronme sus ojos siderales. Caía
La tarde. Ella me dijo con palabra sombría:
Si por quejas de antaño descuidas tus anhelos,
Sonarán flautas de ébano los labios de los duelos
De tus horas futuras. Falaz es quien olvida
Que un querer incesante rige la eterna Vida.
Y entre las fuentes lívidas y entre las flores malas
Palpitó un nuevo júbilo de moribundas alas.

Por la pía calleja solitaria

En el umbral de la casuca blanca,
Blanca de luna, en la calleja triste,
Dos niñitas de traje sonrosado
Cantan. ¡Oh, canto trémulo de amor!

La madreselva en los antiguos muros
Es tapiz tembloroso de esmeraldas.
Huele, nupcial, un limonero lánguido.
Marte destella en el opaco azur.

Las dos blancas niñitas melodiosas,
En el umbral sentadas, son de nácar.
Acurrucadas cual dos bellos ángeles
Tienen manos de lágrimas y luz.

Por la pía calleja solitaria,
Marcho meditabundo entre jardines.
Recuerdo cosas del antaño extinto.
Lejana suena la canción pueril.

Salmo en el camino

Acaso vas por pedregosa vía,
Soñando en valles y floridos prados.
Mana la sangre de tus pies desnudos
Y la sombra te envuelve, solitario.

No escuches al magnate de las dádivas
Que te brinda lujosos palafrenes,
Ni al mendigo de llagas fraternales.
Camina solo por la ruta infértil.

¡Que nadie el justo corazón te robe
Para que puedas, como San Francisco,
Sobre la torva Humanidad sin rumbo,
Llover las gracias del amor divino!

Y serán tuyas en sagrada aurora,
Bajo la luz benéfica, encendidas,
La roja flor de los remotos prados
Y el agua tersa de las fuentes vivas.

La última noche azul

Deseo un lecho de marfil y plata,
Bajo cortinas en que tiemblen rosas,
Y en el azur el párpado escarlata
De Marte y soledades silenciosas,

Al exhalar, llorando, mi suspiro
Postrero. Todos los humanos males
Tendré en pálida copa de zafiro
Cubierta de azucenas inmortales.

Volarán los arcángeles callados
Sobre mi cuerpo blanco de agonía.
Mis adustos sentidos olvidados
Se volverán eterna melodía.

Y beberé en la copa transparente
El terrible licor hasta la gota
Ultima, y seré carne que no siente
Y espíritu de amor en calma ignota.

Y volaré por el espacio puro,
Sin lágrimas, sin gesto, sin sonrisa,
Más allá del pasado y del futuro,
Y envolveré los astros como brisa.

Y la belleza infundirá a mis sienes
Pías su inmarcesible claridad,
Y cantaré tus inefables bienes,
Eternamente, madre, Eternidad.

ADVERTENCIA

Esta edición es la primera completa de ELEGÍAS DE AYER. Sucede a otra que, publicada por la buena voluntad de un editor, sólo contuvo un florilegio de mis poesías compuestas durante la estación elegíaca que comienza en *La doble angustia* y termina en *Aguas serenas.*

ÍNDICE

Pág.ª

Págs.



